

# ¿Gouvernementalité del terror?

Sobre la relación entre hegemonía y  
violencia dominante

RAUL ZELIK

Escritor y phd en ciencias políticas. Vive en Berlin y ha sido profesor invitado en el IEPRI. Numerosas publicaciones literarias y científicas con especialización en guerras asimétricas, estados en crisis y procesos de transformación.

La figura de ‘la auto-limitación de la dominación’ ha jugado un papel clave en el pensamiento político del siglo XX, sea en la “minimización de la dominación” (Weber), el concepto gramsciano de hegemonía o en la noción de la *gouvernementalité* de Foucault. Basándose en las tesis de Giorgio Agamben, sin embargo, muchos autores han destacado una tendencia contraria en los últimos años: los Estados occidentales han usado la tortura, el secuestro y el campo (*lager*) extralegal como instrumentos de seguridad estatal, liberando la violencia dominante de sus limitaciones.

Finalizando, se plantean tres tendencias fundamentales de las estrategias de guerra política: la biopolitización, irregularización y gubernamentalización. El fin principal de la guerra asimétrica que funde el operativo policial, el *state building*, la psicología de masas y la guerra, es el control de la población civil. Para lograr este objetivo, se desregula y terceriza sistemáticamente la violencia estatal. El centro de esta guerra ya no lo constituyen las acciones militares propias. Más bien se persigue la colocación de un cierto orden de conflictos el que posibilita “hacer ocurrir” ciertos actos.

Palabras clave. *Gouvernementalité*, hegemonía, paramilitarismo, terror, biopolitización, irregularización, guerra asimétrica

## Abstract

The self-restriction of power was one of the main concepts of political thought in the 20th century. Max Weber spoke of the “minimization of power”, Gramsci developed the notion of hegemony and Foucault focussed on what he called *gouvernementalité*. In recent years, however, several authors have emphasized a contradictory tendency, with reference to Giorgio Agamben: The Western states have used torture, kidnapping and extralegal camps as instruments of state security, freeing the reigning power from its restrictions.

Furthermore, Zelik outlines three fundamental tendencies of political warfare: the *biopoliticization*, the *irregularization* and the *gouvernementalization* of the war. The main objective of asymmetric warfare that melds police operations, “state-building”, mass psychology and war, is the control of the population. To reach that goal, reigning power is deregulated and violence is outsourced. The actions of the own army itself are no longer the most important element of warfare. Strategy is now about the collocation of conflict actors that enable “certain acts” to occur.

*Keywords:* *Gouvernementalité*, hegemony, paramilitarism, terror, biopoliticization, irregularization, asymmetric warfare, massacres

### Minimización de la dominación, hegemonía y limitación de la violencia

La convicción que la dominación, particularmente en los Estados modernos, se caracteriza por su autolimitación marca las tesis más importantes de las teorías sociales del siglo XX. Max Weber (2005), por ejemplo, habla de una “minimización de la dominación”. La separación de poderes (entre ramas de un Estado burgués o históricamente entre miembros de un triunvirato), la autopercepción de una burocracia como “sirviente” de los dominados y la restricción de los mandatos contribuye, según Weber, a una limitación de la dominación. A la vez, la violencia pierde en importancia. En este sentido, la dominación moderna no se expresa primordialmente en un monopolio de coerción sino en legitimidad. Costumbres (“legitimidad tradicional”), relaciones de conducción (“legitimidad carismática”) y reglamentaciones jurídicas o burocráticas (“legitimidad racional”) garantizan que los subalternos aceptan la posición de un grupo dominante. De importancia particular es, en este contexto, la juridificación. Pone límites fácticos a la ejecución de la dominación, a los que los subalternos pueden remitirse.

La tesis de que la violencia pierde importancia como medio de la dominación también es constitutiva para la noción gramsciana de la *hegemonía*. En sus *Cuadernos de la cárcel* (1991-2003), escritos durante el encarcelamiento fascista, Gramsci reflexiona sobre la ausencia de la revolución en Europa Occidental después de 1919. Para el comunista italiano, esta ausencia tiene que ver con el carácter de las sociedades burguesas occidentales: en estas, la dominación es mucho menos centralizada que en el despotismo clásico, como lo representaba el zarismo ruso. Es decir, la sociedad burguesa desemboca en un sistema polifacético y complejo de poder, mostrando ciertas similitudes con un orden de trincheras. El poder del grupo social dirigente se apoya en la convicción de los subalternos que el orden dominante es de interés común. Por lo tanto, hegemonía implica consenso o más correctamente: “consenso blindado por coerción”. Para Gramsci no es el propio cuerpo estatal (gobierno, justicia, órganos de coerción, administración) el que genera este consenso. El filósofo italiano propone, más bien, el concepto de un “estado integral” conformado por *sociedad política y civil*. No obstante, a diferencia de los discursos actuales de las ONG que parten de una sociedad civil no-violenta, civilizada o democrática, la cual habría que fortalecer, para Gramsci la noción carece de un sentido normativo o afirmativo. Para él, la *sociedad civil* es simplemente aquel campo en el que se constituye una estatalidad más allá del propio Estado. Incluye actores como la iglesia, asociaciones y movimientos sociales –para expresarlo en términos contemporáneos– pero también campos y espacios (los discursos públicos, el mundo intelectual, el cine)

que generan convicciones dominantes y contribuyen a que un orden es considerado como correcto, necesario y justo, o, por lo contrario, como inaceptable. Es decir: los diferentes grupos o clases sociales siempre libran luchas por la hegemonía. La sociedad civil es el lugar –o más bien: la multitud de lugares– donde los grupos sociales libran estas luchas. Y es un lugar imprescindible: sin hegemonía, un orden dominante será poco estable.

Finalmente existe otra tercera gran corriente de pensamiento crítico del siglo XX que plantea ideas parecidas: en repetidas ocasiones Michel Foucault y Gilles Deleuze-Felix Guattari (1977 y 1992) han subrayado que las relaciones de poder también se generan desde abajo. Es decir, parten de una “productividad del poder”, lo que ha llevado a Foucault a desarrollar los conceptos de *bio-poder* y de *gouvernementalité*. Por bio-poder, Foucault (2004 a y b) entiende la inclusión de la vida misma en el ámbito de acción estatal a través de políticas sanitarias, urbanísticas o educativas. La *gouvernementalité*, por lo tanto, se expresa en diferentes procesos: por un lado es un proceso histórico que da origen a una estatalidad más compleja; por el otro, un tipo de poder que se distingue del poder negador *soberano* y del poder normalizador de las *disciplinas*. El poder gubernamental se interesa por la vida real (y no por lo imaginario que debe ser impedido, ni por la norma que hay que generar a través de técnicas disciplinarias) y busca influir en la normalidad: investigar condiciones de vida, registrarlas estadísticamente, regularlas a través de incentivos, promover la productividad, incidir sin ordenar. O como Foucault lo expresó en sus lecturas sobre la biopolítica (2004a): El soberano aprende a decir sí, pasando del no prohibitivo al sí gubernativo. En este sentido es lógico que el desarrollo de la *gouvernementalité* esté estrechamente vinculado con la historia del liberalismo. Poder como conducción de sí mismo y de otros (*conduite des autres et de soi*); una intensificación y totalización de la dominación que va acompañada, paradójicamente, por su limitación.

### Estado de excepción y biopolítica

Con Weber, Gramsci o Foucault habría que cuestionar, por consiguiente, la famosa consigna de Mao “el poder nace del fusil”<sup>1</sup>. El poder es

---

1. Hay que señalar, sin embargo, que el concepto del mismo Mao era mucho más complejo que esta consigna. Hoy en día, la academia militar estadounidense (vea Hammes 1994 y 2005) destaca la actualidad de la estrategia maoista de la “guerra popular prolongada”. Según Hammes, Mao perseguía un cambio de la correlación de fuerzas a largo plazo a través de un trabajo político y cultural intenso. En este

el resultado de procesos de legitimación y de constitución de hegemonía, se constituye en producciones del saber y del deseo, y es resultado de tendencias racionalizadoras.

Desde una perspectiva postcolonial siempre se ha objetado esta tesis. El teórico argelino-caribeño Frantz Fanon defendió que en países colonizados existían pocos mecanismos de intermediación del poder entre gobernantes y subalternos (vea Sander 1990). Según Fanon, el poder colonial se apoya primordialmente en los cuarteles. La sangrienta historia de las dictaduras militares y guerras sucias en América Latina también hace pensar más bien en un carácter violento de la dominación.

No obstante, esta objeción es algo simplista. En fin, el problema planteado por Gramsci –¿por qué una mayoría popular elige a un gobierno evidentemente no-representante de los intereses de esta mayoría?– no es justamente un problema exclusivo de los llamados países industrializados. Colombia es un buen ejemplo de esto. Es evidente que Álvaro Uribe representa más que todo el latifundismo y la inversión extranjera. A principios de los años noventa, siendo senador, presentó los proyectos de ley que permitieron la desregulación del empleo, lo que llevó a una considerable baja de los salarios. Promovió además la privatización de los servicios públicos y el desmonte de los sistemas de seguro social. Como gobernador de Antioquia propagó la conformación de las CONVIVIR, cobertura legal de las AUC, contribuyendo así al desplazamiento masivo de pequeños campesinos. Pero aunque se conocen estos hechos y se suponen otros más graves, el presidente Uribe cuenta con una alta popularidad en las capas bajas colombianas<sup>2</sup>.

Es decir, el problema de la hegemonía y de la complicidad subalterna se plantea también en estos países donde el capitalismo ofrece pocas concesiones materiales a los subalternos fuera de las gratificaciones clientelistas. Y en el sentido contrario, también en los países industrializados la violencia y la legitimidad, la arbitrariedad y el consenso están más entrelazados entre sí de lo que podría parecer a primera vista. De hecho, las estructuras de poder de los Estados imperiales se han caracterizado

---

sentido, la estrategia militar maoísta implica fuertes elementos de una lucha por la hegemonía.

2. Se podría afirmar que la popularidad de Uribe se debe en gran medida a las FARC. Si una población sólo puede escoger entre dos polos de poder que buscan una decisión por la fuerza, elegirá el lado que parezca más fuerte. *Join the winning side* (únete al lado vencedor) siempre es una estrategia plausible de apoderamiento y de supervivencia. Pero el apoyo a Uribe también tiene rasgos hegemónicos: la población colombiana, por lo menos parcialmente, afirma el orden establecido.

por un alarmante desacotamiento (*Enthegung*) de la violencia desde el comienzo de la *War on Terror* en 2001. Pensemos en el campo (*Lager*) de Guantánamo, la práctica generalizada de los secuestros por la CIA o la legalización de la tortura, todos ellos decretados por el gobierno estadounidense.

No es nada nueva la comprensión que la arbitrariedad violenta y el Estado de derecho estén vinculados en las sociedades liberal-burguesas. Ya a principios de los años veinte Carl Schmitt y Walter Benjamin destacaban, desde posiciones diametralmente opuestas, el entrelazamiento entre ambos fenómenos. Tanto Schmitt como Benjamin defendían la tesis de que cualquier orden jurídico se basaba en últimas en un acto de violencia, en una “decisión” como lo llamaba Schmitt. Benjamin apuntaba críticamente que la violencia tiene las funciones fundamentales de instalar o de mantener el derecho<sup>3</sup>. Schmitt, mientras tanto, afirmaba que el orden siempre precede al derecho porque no puede haber derecho sin orden. De aquello, el antifascista Benjamin dedujo una crítica radical del orden jurídico liberal. Schmitt, que algunos años más tarde iba a convertirse en uno de los juristas nazis más influyentes, utilizaba el argumento para defender la legitimidad jurídica de la dictadura.

A finales de los noventa, el filósofo italiano Giorgio Agamben (2002 y 2004) recurrió a estas tesis, dando origen a un amplio debate internacional (respecto a la discusión colombiana, ver Múnera et al., 2008). Reflexionando sobre la política de migración europea, la práctica de los campos y la lucha antiterrorista llevada a cabo con todos los medios, incluidos los terroristas, Agamben llegó a la conclusión de que los Estados dirigentes del imperio global estén convirtiendo la excepción en un paradigma global de gobierno. En este contexto, según Agamben, se manifiesta una forma particular de la biopolítica. El Estado convierte el ser humano en mera existencia, en un *Homo Sacer* fuera de la ley; una vida que se puede sacrificar impunemente (buenas introducciones al pensamiento de Agamben ofrecen los artículos de Diego Hernández, Leopoldo Múnera y Diego Paredes, en Múnera et al., 2008). Expresado de otra manera, el Estado moderno no sólo conoce al ciudadano sujeto de derechos que finge como la contraparte de la auto-limitación de la dominación. No, el Estado también genera la excepción de esta ciudadanía: enemigos del Estado, como los inofensivos inmigrantes, son excluidos del orden jurídico. Es cierto que el derecho penal del enemigo (*Feindstrafrecht*) –quien se

---

3. En algunas traducciones de Benjamin se habla de “la creación de derecho”. *Rechtsetzung* en alemán, sin embargo, suena más a “instalación de derecho” que a creación (lo que sería una *Rechtschöpfung*).

posiciona fuera de la ley puede ser combatido con medios no-legales—, inspirado por el terrible Carl Schmitt, no es nada reciente en las políticas de seguridad. En los últimos años, no obstante, se propaga cada vez más abiertamente teórica y prácticamente. De este modo, el jurista alemán Günter Jakbos encuentra un eco internacional, también en Colombia para sus planteamientos del derecho penal de enemigo. El poderío estadounidense se ha inventado un sistema global de cárceles secretas, manejadas por el Estado pero situadas fuera de cualquier orden nacional e internacional. También en áreas menos espectaculares, la esfera de la no-ciudadanía se extiende: la política migratoria europea llevó a un extraño renacimiento del campo extraterritorial ya años antes de Guantánamo.

Así, la modernidad parece repeler la autolimitación de la dominación, característica central de la misma. Por un lado, el problema de la hegemonía sigue estando vigente, no sólo en los Estados del norte. Por el otro, empero, crece el significado de la violencia incuestionable también en estos países donde los órdenes jurídicos diferenciados y conceptos liberales prevalecen.

### Constelaciones de tipos de poder

Ahora se podría suponer que la relación entre violencia desacotada (*enthegt*) y autolimitación de la dominación es bipolar; es decir, que se trate de una complementariedad de elementos opuestos: si un bloque social dominante pierde su posición hegemónica, recurrirá a la violencia. En este sentido, el Estado de excepción sería un medio de urgencia para situaciones de crisis.

Esta interpretación no es del todo desacertada. La reciente historia colombiana parece señalar tal relación. A partir de 1980, el paramilitarismo, sobre todo, ha impuesto la excepción estabilizadora. De hecho, la guerra sucia no fue en primer medida una respuesta a la guerrilla. Se extendió después de que los movimientos sociales habían cuestionado el orden reinante y se dirigía contra los protagonistas y estructuras de estos movimientos. En los años siguientes, la violencia paramilitar, sin duda, ha mostrado su eficiencia. Restableció la seguridad (para determinados grupos e intereses sociales) y ayudó al Estado a salir de su crisis generalizada. Quien investiga más detalladamente las zonas bajo dominio paramilitar —como lo ha hecho, por ejemplo, Patricia Madariaga (2006)— constatará que incluso en un modelo abiertamente terrorista, como lo representa el paramilitarismo, los aspectos violentos pueden pasar al segundo plano una vez impuesto el orden.

Sin embargo, el concepto de las formas de poder complementarias —violencia, hegemonía, participación, etc.— es insuficiente, parece

ser demasiado simplista. Cuando examinamos los efectos de la represión política, nos daremos cuenta de que las diferentes formas de poder –el productivo, estimulador, “blando” y el negador, prohibitivo, “duro”– en la práctica no se pueden distinguir. O expresado de otra manera, la violencia negadora también es altamente productiva. En sus apariencias más brutales e ilimitadas (*enthegt*) crea subjetividad e incide –como una técnica gubernamental– en los comportamientos de una población.

En sus lecturas sobre la biopolítica, Foucault (2004 a y b) habla de la conexión de diferentes tipos de poder. En términos generales, se plantea describir un desplazamiento histórico: el poder absoluto y soberano que responde la violación de ley con el martirio público y la ejecución del delincuente (Foucault, 1977) es reemplazado por discursos disciplinarios pedagógicos; el castigo de la cárcel burguesa busca educar al delincuente. El poder *gouvernementale* finalmente va otro paso más allá. Se proyecta a la población y trata de regular y estimular la vida cotidiana de la misma de una manera cuidadosa e indirecta.

A pesar de que Foucault cree poder observar este desplazamiento histórico, al mismo tiempo sustenta que los diferentes tipos de poder no se reemplazan simplemente. Más bien se trata de un proceso en el que se configuran nuevas constelaciones.

Creo que una reflexión biopolítica de la guerra y de la represión debe partir de esta idea de constelaciones de tipos de poder. En el modelo contrainsurgente y en la represión, los poderes soberano, disciplinario y *gouvernemental* coinciden. La violencia misma se hace *gouvernemental*. El disciplinamiento del individuo, la regulación de lo cotidiano, la producción de subjetividad y las formas extremas de prohibición se entrelazan inseparablemente.

### La lógica de la masacre

Vamos a Mapiripán, este lugar del horror absoluto. En 1997 aquí se da una masacre que aparentemente es planificada estratégicamente y en cuya ejecución participan actores estatales. Según las reconstrucciones de Uscátegui (2006), de la Corte Internacional de Derechos Humanos (2005) y de la justicia colombiana (Sentencia Mapiripán, 2003), un grupo de 80 paramilitares se desplaza desde Urabá a la capital del departamento de Guaviare en el oriente colombiano. Unidades del ejército acompañan a los paramilitares hacia los aeropuertos de partida, Necoclí y San José de Apartadó; otras los recogen después de llegar en San José de Guaviare. Ante el juez, el general Humberto Uscátegui, acusado de omisión, manifiesta que la Fuerza Aérea colombiana incluso protegió a los paramilitares ante un ataque guerrillero después de haberse perpetrado el crimen.



La complicidad militar tiene lógica: desde una perspectiva contrainsurgente la masacre es funcional. Mapiripán está ubicado estratégicamente en la orilla del río Meta, es considerado un centro regional del comercio de la coca y garantiza fuertes ingresos económicos a las FARC. De pronto, el contexto estratégico es más grande, como lo evidencia una interpelación del senador estadounidense Patrick Leahy ante el Pentágono: la Brigada Móvil n° 2, condenada por omisión por la justicia colombiana, recibía un re-entrenamiento en tácticas de contraguerrilla por el *US 7th Special Forces Group*, fuerzas especiales estadounidenses, en los meses antes y después de la masacre. Los asesores norteamericanos incluso mantenían una base estable a pocos kilómetros de Mapiripán entre mayo 1997 y enero 1998. De este hecho todavía no se puede deducir que los asesores hayan participado en la planificación y preparación de la masacre. Pero sí es cierto que la presencia militar y la asesoría norteamericana son el trasfondo que posibilita su ejecución.

Por un lado funcional, bien organizada y racional desde una lógica de dominación, la masacre adquiere formas extrañas: recuerda la dramatización de una película de horror. Los paramilitares cortan la luz en el pueblo, empiezan a seleccionar las víctimas y las llevan al matadero municipal. Un hombre apodado Mochacabezas tortura a los prisioneros como si fuese el protagonista principal en una película *splatter*. La masacre dura tres días y los pobladores están perfectamente enterados de los acontecimientos. El oscurecimiento del pueblo y los gritos provenientes del matadero no dejan lugar a dudas. Para Mochacabezas y los demás sicarios, Mapiripán se convierte en el escenario de sus fantasías sádicas a las que se entregan sin restricciones. A la vez, se preocupan de desaparecer las huellas del crimen.

¿Cuáles son los efectos de esta masacre? Es evidente que el objetivo en Mapiripán no era simplemente matar. Si sólo se hubiera tratado de eliminar supuestas bases de la guerrilla, unas ejecuciones discretas y silenciosas habrían sido suficientes. Los paramilitares, no obstante, han dramatizado su violencia de la manera más bestial y han generalizado la práctica de la masacre a partir de los noventa, convirtiéndola en el rasgo central de su organización. Desde la motosierra, el asesinato en el matadero y el martirio público en una plaza de pueblo hasta los partidos de fútbol con cabezas desmembradas, ellos han utilizado todas las prácticas pensables e impensables de horror. A pesar de que los medios de comunicación, políticos y la mayoría de la intelectualidad colombiana hicieron lo suyo para encubrir los móviles y el trasfondo de estos hechos, los lugares de este terrorismo dirigido contra la llamadas clases peligrosas son ampliamente conocidos: Segovia, 1988; La Rochela, 1989; Trujillo,

1988-1994; El Aro, 1997; Barrancabermeja, 1998; Gabarra, 1999; El Salado, 2000; Naya, 2001...

Leyendo los testimonios de los sobrevivientes, uno se acuerda de las primeras páginas de *Vigiliar y castigar*: la vil ejecución del prisionero Damien. Pero igualmente vienen a la memoria los relatos de las víctimas de tortura del cono sur en los años setenta o de la cárcel iraquí de Abu Ghraib. Estas historias señalan que las técnicas modernas de interrogación convierten a la cámara de tortura en el escenario de una dramatización teatral. Los victimarios asumen sus “papeles”. El agente “comprensivo” y “bueno” pertenecen tanto al repertorio como el sádico “incontrolable”. E incluso para las víctimas está previsto “actuar”. Tienen que decidirse entre cooperación y resistencia, denuncia y maltrato, convirtiéndose de esta manera en cómplices de su sufrimiento.

Pero a pesar de que los lugares de la represión aparecen como escenarios, se quedan en la oscuridad: se tortura de manera encubierta o por los menos se evita que circulen relatos demasiados precisos de los acontecimientos. Esta característica contradictoria de la tortura evidentemente tiene que ver con el afán de los victimarios de querer protegerse ante una posible penalización: aunque la tortura parece ser un componente esencial de la estatalidad moderna<sup>4</sup> –para el paramilitarismo se podría decir algo parecido–, sigue siendo ilegal. Por ello, los victimarios buscan protegerse ante la ley<sup>5</sup>. Pero la invisibilidad de los crímenes tiene

---

4. Hay que señalar que en conflictos internos hasta las democracias liberales europeas han recurrido sistemáticamente al instrumento de la tortura. Los relatos de centenares de víctimas vascas, entre ellos personas ampliamente reconocidas como el periodista Martxelo Otamendi, dejan poca duda que la tortura es un método ampliamente aceptado en la lucha antiterrorista europea.

5. Cuando la soberanía nacional es intocable, la violencia estatal puede ser legalizada mediante el Estado de excepción. Tal Estado dictatorial (como lo defiende Carl Schmitt), sin embargo, implica altos costos políticos. El gobierno de Pinochet, por ejemplo, sigue encarnando el régimen ilegítimo *por excelencia*. Entre otras cosas es por ello que Occidente ha empezado a informalizar su violencia en conflictos irregulares y operaciones contrainsurgentes. Hoy en día son las empresas militares privadas –libres de cualquier control democrático– las que facilitan el mayor contingente de tropas de ocupación en Irak. Asimismo, los Estados Unidos han asignado tareas de represión a milicias aliadas, clanes tribales e incluso a actores del crimen organizado. Esta tendencia de informalización y tercerización de la violencia también se expresa en Colombia. Aquí, la ilegalidad de los paramilitares ha sido especialmente funcional. A pesar de que las masacres

efectos que nuevamente resultan funcionales: la violencia paramilitar crea un aura de lo lúgubre. La oscuridad, lo no-iluminado dan luz a nuevas narraciones del horror. La amenaza es concreta e inconcreta a la vez.

Se podría decir que, desde una perspectiva política, las narraciones del miedo que circulan alrededor del paramilitarismo son más eficaces que los mismos actos de violencia. Por ejemplo, en el sur de Bolívar, a mediados de los noventa, los paramilitares todavía no habían penetrado la región minera. La guerrilla representaba la autoridad y las organizaciones populares tenían cierto peso en las comunidades. Más de un año antes de la ofensiva empezaron a circular avisos de Carlos Castaño anunciando que los paramilitares se iban a tomar la región. Siguiendo una lógica militar tradicional, los anuncios de la ofensiva no tendrían sentido. Normalmente un actor militar buscará encubrir el lugar de sus futuras operaciones. Pero la ofensiva paramilitar no era una operación militar tradicional; más bien perseguía objetivos psicológicos<sup>6</sup> evocando imaginarios de miedo y terror. De esta manera, la población *anticipaba* su sumisión. El presentimiento de sufrimientos y muertes generaba un pánico entre la población que, por cierto, se mantenía silencioso e individual. Era prácticamente imposible hablar sobre el miedo porque cualquier mención de la amenaza fortalecía el temor y los efectos político-psicológicos del paramilitarismo.

---

paramilitares estabilizaron el orden estatal desvertebrando los movimientos sociales, estos crímenes sirvieron al Estado para denunciar su supuesto desamparo ante los “extremistas”. De hecho, la “incapacidad” del Estado de proteger a sus ciudadanos fue un argumento central para legitimar internacionalmente al Plan Colombia. Este proceder acuerda a lo ocurrido en Italia en los años sesenta y setenta. En esa época, los servicios de la OTAN protegían a grupos terroristas de la ultraderecha (ver Ganser, 2005) para “llevar la población a los brazos del Estado”, como lo expresó un protagonista de estos grupos (Francovich, 1992, parte II). De manera parecida, las AUC han contribuido al fortalecimiento del Estado mediante una violencia indiscriminada. Mientras que el Estado estaba casi completamente deslegitimado ante la población rural hace 20 años, las masacres han hecho que muchos campesinos hoy en día “deseen” el monopolio de violencia estatal.

6. Hay pocos aspectos que los teóricos militares occidentales destacan tanto como el creciente significado de lo psicológico-político en los conflictos. Así, en un manual estadounidense para la guerra de cuarta generación se plantea que las llamadas PsyOps (operaciones psicológicas) ya no constituyen un área de investigación propia. Según los autores del manual, *todos los* actos de guerra tienen que considerarse operaciones psicológicas. De este modo, una acción sólo cumple un papel si ayuda a ganarse la población y/o a aislar al adversario (Fourth Generation Seminar, 2007).

## Hegemonía y desesperación

En este sentido, hay que constatar que la masacre *disciplina*. Posibles víctimas se auto-restringen, lo que cambia de manera duradera la correlación de fuerzas política y social en un país. Es importante señalar que la violencia paramilitar –a diferencia de lo que plantean la mayoría de las ONG internacionales– no se dirige contra “la población civil” como tal. Más bien, es socio-económicamente selectiva. Es una característica del paramilitarismo que poco se refleja a pesar de ser bastante evidente: las AUC no han perpetrado ni una sola masacre en un barrio de las clases media o alta. Han dirigido todas sus atrocidades (excepto los asesinatos políticos selectivos) contra campesinos o pobladores de barrios populares, o sea contra personas pertenecientes a las llamadas “clases peligrosas”.

Para las víctimas potenciales esta selectividad de la violencia siempre ha sido evidente. Los campesinos colombianos han aprendido que cualquier posicionamiento político, cualquier militancia en una cooperativa o una organización social puede ser castigado con la muerte. O sea, el paramilitarismo ha superado los límites fácticos. Los espaciales: las masacres generan pacificación y control *fuera del campo de acción directo* de los paramilitares. Y los del tiempo: las víctimas potenciales por un lado *anticipan* la violencia, por el otro la *acuerdan* todavía mucho después. De esta manera, la masacre evoca el autodisciplinamiento de antemano. A través de estructuras crónicas de miedo marca además el comportamiento de los sujetos todavía años después. El psicoanalista neerlandés Hans Keilson, que después de 1945 trabajó con huérfanos judíos, propuso el término de la *traumatización secuencial*. Según Keilson, el trauma no es consecuencia de un suceso singular. Es un proceso que sigue desenvolviéndose, según el ámbito personal y el contexto social, en los sujetos (Becker, 2006). En cuanto a la represión política ejecutada en América Latina, esta tesis no es menos acertada. Los estados de miedo crónicos, provocados por la tortura y la masacre, perduran cuando la fuente de la violencia (por ejemplo, una dictadura militar o las estructuras de las AUC) años después ha desaparecido. De este modo, ciertos modelos de comunicación y percepción se gravan, a través de los individuos, en el subconsciente colectivo<sup>7</sup>.

Aunque las orgías sangrientas de los paramilitares siempre han seguido una dinámica autónoma porque los victimarios vivían sus

---

7. Por ello son tan importantes los procesos de memoria histórica, esclarecimiento y castigo. Contribuyen para que las víctimas puedan liberarse de sus sentimientos de culpa y su impotencia, recuperando su capacidad de acción.

fantasías sádicas individuales, sí han sido altamente funcionales desde una perspectiva dominante. Han desenvuelto efectos psicosociales. Han establecido estados de orden y modelos de comunicación que pueden perdurar durante décadas. En este sentido, la noción de terrorismo –entendido como la aplicación calculada del terror– en cuanto al paramilitarismo es más acertada que en muchos otros contextos. Todo un campo social ha sido sometido y disciplinado.

Parece que tuviéramos que discutir –más allá de la categorías weberianas de la legitimación tradicional, carismática o racional legal, o de los conceptos gramscianos de consenso, cultura popular y hegemonía– otra fuente del poder más: el miedo. El consenso en una sociedad se nutre de la convicción que el estado actual de las cosas es sin alternativas. El pensar alternativo es ocupado por el miedo (*angstbesetzt* en el sentido freudiano). Incluso habría que debatir si la desesperación se ha convertido en el sostén más importante de la hegemonía en esta sociedad global fukuyamiana sin futuro.

Investigando el caso de Urabá, Madariaga (2005) ha descrito cómo la “justicia” paramilitar es aceptada como orden de valores por los subalternos. Su estudio contradice, en algunos aspectos claves, el planteamiento hecho por Romero (2005), quien explica el sorprendente consentimiento de lo urabeños con el régimen paramilitar con un supuesto pacto social entre sindicalistas, empresarios, campesinos y paramilitares. Aunque sea cierto que el paramilitarismo ha cooptado parte de la población a través de relaciones clientelistas y con la ayuda de los recursos del narcotráfico, más importante parece la explicación sociopsicológica de Madariaga. Las relaciones de violencia extrema establecen dos alternativas igualmente inaceptables. O uno asimila e interioriza el orden enemigo, o uno muere. De esta manera se ha construido en Urabá una verdadera hegemonía política, social y cultural.

Desde este punto de vista, la barbarie paramilitar sí “ha construido país”: logró generar, en amplias partes de las clases populares, un consenso que hace aparentar económicamente razonable o por los menos inevitable una globalización basada en los cultivos agroindustriales; que hace creer a la gente que las víctimas de la represión son culpables de su destino; que va acompañado por el mensaje derrotista que todos los actores sociales sólo persiguen su ventaja individual.

En su excesos violentos el paramilitarismo ha sido altamente productivo: generó nuevos tipos de subjetividad. Una cultura de aceptación de la coerción, de la fidelidad sumisa, de la confianza, del egoísmo dispuesto hasta lo último. Estos conceptos no son recientes. Sin embargo, antes de la represión tan generalizada encarnada por el paramilitarismo,

no tenían el carácter consensual que hoy en día se siente en amplias partes de Colombia.

### **Biopolitización, irregularización, privatización de la guerra**

Ahora bien, aunque el exceso de violencia fue funcional, productivo y generador de hegemonía, por el otro lado sería equivocado pensar que un creador se haya inventado este monstruo. Ni la clase dominante ni el imperialismo hubieran podido generar semejante herramienta. Sobre todo los efectos micropolíticos, palpables en la cotidianidad, son demasiado multifacéticos (y contradictorios) para que un actor pueda inventárselos. A pesar de que una funcionalidad estratégica nunca es independiente de intereses concretos, si puede desarrollarse, hasta cierta punto, de manera autónoma de los actores. Es decir: no son los estrategas de guerra, en primera medida, los que han generado estas estrategias.

Por el otro lado, no obstante, también sería equivocado tratar de explicar el paramilitarismo colombiano sólo desde la dinámica violenta autóctona del país. Lo que se manifiesta como técnicas de poder y de coerción es expresión de un fenómeno mucho más global: las estrategias de guerra occidentales se han modificado notablemente en las últimas décadas, aparentando semejanzas sorprendentes en las intervenciones en Irak, Afganistán y Colombia.

Tras la Segunda Guerra Mundial, los comandos militares occidentales se vieron confrontados con un nuevo reto. La guerra interestatal simétrica fue reemplazada continuamente por conflictos guerrilleros asimétricos<sup>8</sup> protagonizadas por movimientos de liberación nacional. Los manuales militares elaborados a partir de los años sesenta (ver, por ejemplo, Trinquier, 1963) manifiestan una ruptura en el pensamiento militar. Mientras que los discursos del ejército hasta entonces rodeaban alrededor de los problemas terreno, recursos y tropas enemigas, en la guerra de

---

8. Hasta cierto punto, el discurso *mainstream* de las “guerras asimétricas” es una farsa. Desde siempre, la mayoría de los conflictos se han caracterizado por asimetrías de poder, recursos y medios. Asimismo, la confrontación entre poderes estatales e insurgentes también tiene una larga historia. Por lo tanto, no es muy convincente si los militares europeos y norteamericanos deploran la desprevisión del Occidente frente a “la amenaza asimétrica del terrorismo internacional”. Las guerras contrainsurgentes y asimétricas son un componente esencial de la historia colonial. Más acertada, mientras tanto, es la advertencia que los conflictos interestatales han pasado a un segundo y tercero plano. Como consecuencia de los desarrollos tecnológico-militares, la guerra interestatal acarrearía destrucciones incalculables y sería difícil de financiar.

guerrillas el control de la población se convierte en el fin principal del accionar militar. En este sentido, podemos hablar de una *biopolitización* de la guerra: frente a la población los soldados empiezan a actuar como agentes de policía, informantes encubiertos, políticos, trabajadores sociales y psicólogos, todo a la vez. Son entrenados para librar y ganar la lucha en los “corazones y mentes” de la gente. Mediante campañas cívico-militares, proyectos sociales y una presentación mediática, por un lado, y la intimidación y manipulación, por el otro, deben fortalecer los lazos propios con la población e interrumpir aquellos de la insurgencia.

La lectura de los manuales contraguerrilleros colombianos a partir de 1960 es muy dicente en este contexto. Se caracterizan por una desconfianza generalizada frente a la sociedad, posiblemente “infiltrada por la subversión”. A la vez plantean la necesidad de ganarse la población para el orden estatal. En este sentido, se recurre a diferentes prácticas de la biopolítica: el censo y el registro de la población en zonas de conflicto, la regulación de la salud pública –a través de campañas de vacunación o negativamente mediante embargos de medicamentos impuestos contra una población testaruda–, la despoblación de regiones –a través del desplazamiento forzoso– y la re-población de las mismas con bases propias.

La perspectiva a la vez paranoica y pastoral –en el sentido de Foucault, desconfiar de la población, servirle como pastor– se manifiesta finalmente en una *irregularización* general de los medios de guerra. Ya que el insurgente no controla territorios definidos ni puede ser derrotado en una batalla campal, es imprescindible vencerlo de manera político-psicológica: aislarlo, quitarle las fuentes de reclutamiento, minarle su credibilidad.

Con estos esfuerzos, los militares creen responder con medios iguales al adversario. Ya que el guerrillero rompe las reglas tradicionales de la guerra, actúa de manera invisible y se esconde en la población, los militares occidentales declaran obsoletas las convenciones de guerra. Si no se sabe lo suficiente del enemigo invisible hay que conseguir la información mediante instrumentos alternativos –*by any means necessary*–. De este modo, el oficial francés Roger Trinquier, uno de los protagonistas principales de la guerra francesa en Indochina y de la batalla por Argel, defiende el uso sistemático de la tortura y del desplazamiento forzoso como instrumentos contrainsurgentes en su manual *La guerre moderne*, que a partir de 1962 también sirve de manual de contraguerrillas al ejército colombiano<sup>9</sup>. El terrorismo del ejército, concebido como “contra-

---

9. El oficial Roger Trinquier es un personaje interesante. Durante la guerra francesa en Indochina construyó y suministró grupos paramilitares conformados

terror” por su protagonistas, se convierte en un arma principal por el control de la población. Las escuelas militares enseñan tácticas mediáticas y de manipulación, entre ellas las llamadas propagandas *blanca*, *gris* y *negra*. Por *blanca* se entiende la propagación de la posición propia; por *gris*, la siembra de rumores y por *negra*, la publicación de documentos falsificados en nombre del adversario (Manual 1979, Instrucciones Generales para Operaciones de Contraguerrillas, 174; ver *eNoche y niebla*, 2004, 19). Se subraya la importancia de las llamadas operaciones psicológicas, consideradas el pilar central de las estrategias de guerra contemporáneas (ver Fourth Generation Seminar, 2007). Aunque los manuales no exponen detalles, es evidente que la intimidación y la zozobra de la población necesariamente hacen parte de esta psicología política.

Empero, tampoco en este contexto hay que sobreestimar el papel de los actores. Parece que en Vietnam los efectos de *shock and awe* provocados por operaciones militares particularmente crueles fueron producto más bien de las lógicas comunes de los soldados que de un plan concebido estratégicamente por la cúpula estadounidense (Greiner, 2008). Los soldados estaban frente a una población que no podían ganar y que al mismo tiempo despreciaban por razones racistas. Por ello buscaron, de una manera muy pragmática, medios para que los vietnamitas, inconquistables para las tropas estadounidenses, por lo menos dejaran de cooperar con el Vietcong. A ello se suma que sólo operando de manera irregular e invisible se pueden vencer unidades pequeñas e invisibles –ya el ejército napoleónico había planteado el lema que al partisano había que vencerlo con métodos partisanos–. Así, se dio un renacimiento de técnicas irregulares desde el Estado: del uso de tácticas contraguerrilleras quasi-guerrilleras pasando por la siembra del terror hasta la aplicación calculada de la tortura y el surgimiento de escuadrones de muerte.

Estas estrategias de guerra informalizada llevan necesariamente a conflictos con la ley y las convenciones de guerra. Por lo tanto, se dio una

---

por minorías étnicas de la región para tercerizar de este modo los pesos de la guerra. Ante el historiador estadounidense Alfred McCoy (1972), Trinquier admitió a principios de los años setenta que Francia había financiado estos grupos paramilitares aliados a través del narcotráfico. Durante la Operación X, el ejército habría tolerado e incluso apoyado logísticamente el negocio de opio en la región. De este modo, los militares franceses crearon un prototipo de una guerra informal imperial moderna, apoyada en señores de guerra y el crimen organizado. Además, los planteamientos contrainsurgentes del principal protagonista francés en la película *La batalla de Argei*, rodada por el director italiano Gille Pontecorvo (1966), se apoyan en los escritos de Trinquier.



privatización y tercerización de lo militar. Hoy en día, en Europa se habla mucho de los supuestos “mercados internacionales de violencia” que habrían contribuido al retorno de los mercenarios. El desarrollo de las empresas militares privadas, sin embargo, tiene otro aspecto más alejado de la mera lógica mercantil. Las empresas militares más poderosas, asentadas en Estados Unidos, Israel y Gran Bretaña, poco tienen que ver con estos mercenarios aventureros que se venden al mejor postor. Al contrario, estas empresas están completamente integradas en la arquitectura de seguridad de los Estados imperiales dirigentes, diferenciándose apenas de las fuerzas militares regulares. Para verificar esta tesis basta mirar la composición de los comités ejecutivos de empresas como MPRI, Blackwater, DynCorp o ArmourGroup, todos repletos de ex generales y ex funcionarios estatales de seguridad, y su financiación. Consiguen casi la totalidad de sus contratos por medio de la administración estadounidense y sus aliados. De este modo, el significado cada vez más grande de las empresas militares privadas apenas se puede concebir como un crecimiento económico autónomo que lleva a la marginalización de los Estados. El papel cada vez más destacado que juegan las empresas militares en el campo de las intervenciones (tanto en Irak como en Afganistán y Colombia) mucho más tiene que ver con una estrategia de tercerización perseguida por el mismo Estado. Hace cuatro décadas, durante la guerra de Indochina, Washington empezó a encargar a líneas aéreas, fundadas por el mismo servicio secreto, de realizar operaciones militares en Laos, ya que eran formalmente prohibidas por un acuerdo internacional con la Unión Soviética. El mercenario israelí Yair Klein, tristemente celebre en Colombia, hizo sus primeros trabajos privados durante la guerra del Líbano en 1982, cuando Israel entregó su apoyo logístico a las milicias falangistas mediante empresas militares privadas. Y a mediados de los ochenta, Washington nuevamente utilizó empresas aéreas privadas para apoyar a la contra nicaragüense. Diferentes protagonistas de la operación testificaron que al regreso los aviones traían droga a Estados Unidos para financiar las tropas contras.

La tercerización de la violencia militar y represiva, por lo tanto, representa un método para librarse de responsabilidades y evitar un control político. En este sentido, se podría hablar de una *gouvernementalización* de la guerra. El principal protagonista del conflicto, el Estado, deja de actuar y pasa, más bien, a animar actores autónomos para que hagan lo que es de su interés o de interés de los grandes capitales.

El paramilitarismo como fenómeno complejo de dominación evidentemente no fue “inventado” por el “imperio”. Este no es un actor homogéneo sino, parecido al Estado, una “correlación de fuerzas conden-

sada” (*Poulantzas*). Sin embargo, el desarrollo del paramilitarismo colombiano está estrechamente vinculado con el desarrollo de las estrategias de guerra y doctrinas militares occidentales. Las tendencias fundamentales en el concepto de guerra occidental contemporáneo son características igualmente para el paramilitarismo: 1) es *biopolítico* en cuanto su fin central es el control de la población; 2) es completamente *irregular*, semejando un malversado clon insurgente, un partisano contraguerrillero desacotado (*enthegt*); 3) es *privatizado* en el sentido que nace, por lo menos en parte, de iniciativas privadas, cuyos actores originariamente persiguen lógicas económicas, contribuyendo a reducir la responsabilidad del Estado. La guerra como un proyecto de enriquecimiento privado, como una actividad a la que el gobierno anima y que regula.

En repetidas ocasiones se ha afirmado que Colombia parece a un laboratorio de guerra. De hecho, en el conflicto interno se han anticipado fenómenos que luego en el caso de Irak han sido objetos de fuertes críticas, como por ejemplo el fortalecimiento de los mercenarios. En el semestre pasado, un estudiante del IEPRI me señaló lo problemático que es transferir términos y conceptos de otros contextos históricos y espaciales a la realidad colombiana. La objeción es bien justa. Sin embargo, quisiera volver a plantear la tesis que Colombia es aquella excepción que deja entrever los matices de una (posible pero todavía evitable) normalidad global futura. En Colombia se perfilan nuevas constelaciones de tipos de poder, técnicas de poder específicas y diferentes, una *gouvernementalité* del terror. Se puede observar que hasta lo más negador y destructivo que la mente humana alcance procrear, puede resultar productivo desde una lógica de dominación.

## Bibliografía

- Agamben, Giorgio. *Mittel ohne Zweck. Noten zur Politik*, Berlín, Diaphanes, 2001.
- *Homo sacer – Die souveräne Macht und das nackte Leben*, Frankfurt/Main, Suhrkamp, 2002.
  - *Was von Auschwitz bleibt – Das Archiv und der Zeuge*, Frankfurt/Main Suhrkamp, 2003.
  - *Ausnahmezustand*, Frankfurt/Main, Suhrkamp, 2004.
- Becker, David. *Die erfingung des traumas – verflochtene geschichten*, Berlín, Edition Freitag, 2006.
- Corte Interamericana de Derechos Humanos. *Caso de la Masacre de Mapiripán vs. Colombia*. Sentencia del 15 de septiembre de 2005. En [http://www.corteidh.or.cr/seriecpdf/seriec\\_134\\_esp.pdf](http://www.corteidh.or.cr/seriecpdf/seriec_134_esp.pdf). Fecha de consulta: mayo 29 de 2006.
- Deleuze, Gilles y Felix Guattari. *Rhizom*, Berlín, Mervé-Verlag, 1976.

- *Anti-Ödipus. Kapitalismus und Schizophrenie*, Frankfurt/Main, Suhrkamp, 1977.
  - *Tausend Plateaus. Kapitalismus und Schizophrenie II*, Berlín, Mervé-Verlag, 1992.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*, 1975. En: <http://www.uruguaypiensa.org.uy/imgnoticias/592.pdf>. Fecha de consulta: enero 22 de 2008.
- *Geschichte der Gouvernmentalität I. Sicherheit, Territorium, Bevölkerung*, Frankfurt/Main, Suhrkamp, 2004a.
  - *Geschichte der Gouvernmentalität II. Die Geburt der Biopolitik*, Frankfurt/Main, Suhrkamp, 2004b.
- Fourth Generation Seminar. *FMFM 1-A. Fourth Generation War (Draft)*, 2007. En: [http://www.d-n-i.net/fcs/pdf/fmfm\\_1-a.pdf](http://www.d-n-i.net/fcs/pdf/fmfm_1-a.pdf). Fecha de consulta: noviembre 17 de 2007.
- Francovich, Allen. *Gladio*. Documental de la BBC emitido el 17 de junio de 1992. En <http://video.google.co.uk/videoplay?docid=-4900756773650110959>. Fecha de consulta: febrero 6 de 2008.
- Ganser, Daniele. *NATO's secret Armies. Operation Gladio and Terrorism in Western Europe*, Londres/Nueva York, Frank Cass, 2005.
- Gramsci, Antonio. *Gefängnishefte (Gesamtausgabe in 10 Bänden)*, Hamburgo, Argument-Verlag, 1991-2003.
- Greiner, Bernd. *Krieg ohne Fronten*, Hamburgo, Hamburger Edition, 2007.
- Hammes, Thomas. "The Evolution of War: The Fourth Generation", en: *Marine Corps Gazette*, 1994. En: <http://www.d-n-i.net/fcs/hammes.htm>. Fecha de consulta: noviembre 16 de 2007.
- Hammes, Thomas. "Insurgency: Modern Warfare Evolves into a Fourth Generation", en: *Strategic Forum*, 2005. En: <http://www.ndu.edu/inss/Strforum/SF214/SF214.pdf>. Fecha de consulta: noviembre 16 de 2007.
- Madariaga, Patricia. *Matan y matan y uno sigue ahí. Control paramilitar y vida cotidiana en un pueblo de Urabá*, Bogotá, Edición Uniandes, 2006.
- McCoy, Alfred. *The Politics of Heroin in Southeast Asia. CIA complicity in the global drug trade*, Nueva York, Lawrence Hill Books, 1972.
- Múnica Ruiz, Leopoldo. *Normalidad y excepcionalidad en la política*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2008.
- Noche y Niebla. *Deuda con la Humanidad. Paramilitarismo de Estado en Colombia 1988-2003*. Banco de Datos de Violencia Política, Bogotá, 2004. En: <http://www.nocheyniebla.org/casotipo/deuda/1988.pdf>. Fecha de consulta: enero 11 de 2005.
- Romero, Mauricio. *Paramilitares y autodefensas 1982-2003*, Bogotá, Planeta, 2005.
- Sander, Tilman. *Die Transformation des Volkes im Partisanenkrieg: Frantz Fanons Theorie der Dekolonisation*, en Münkler, Herfried (Hg.), *Der Partisan. Theorie, Strategie, Gestalt*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1990.

- Juzgado Segundo Penal del Circuito Especializado de Bogotá. *Sentencia Condenatoria por la Masacre de Mapiripán*, 2003. En: <http://www.derechos.org/nizkor/colombia/doc/mapiripan.html>. Fecha de consulta: febrero 14 de 2008.
- Trinquier, Roger. *Modern Warfare. A French View of Counterinsurgency*, 1963, edición original de 1961. En: <http://www-cgsc.army.mil/carl/resources/csi/trinquier/trinquier.asp>. Fecha de consulta: enero 31 de 2008.
- Uscátegui, José Jaime. *¿Por qué lloró el general?*, documental, 2006. En: <http://www.youtube.com/watch?v=q78L1nxVWqY&feature=related>. Fecha de consulta: febrero 12 de 2008.
- Weber, Max. *Wirtschaft und Gesellschaft*, Frankfurt/Main, Zweitausendeins, 2005.